

EL LUGAR CORRECTO DE LA PALABRA VIVA

Oh, Dios, el mundo está sumido en la confusión. Te doy las gracias, oh, Dios, porque no eres Tú el autor de esa confusión. Aunque el mundo parece envuelto en el caos, te doy las gracias porque nada ha escapado de tu mano. Detrás de todo ese caos, la confusión y los disturbios, Tú, el Dios eterno, eres mi refugio, y tus brazos eternos siempre están presentes. Me refugio en la verdad de que este es tu mundo. Descanso firmemente en tu soberanía. Amén.

Quizás, a lo largo de la historia del mundo, no haya habido otra generación que haya vivido unos momentos tan confusos. En nuestros días de viñetas cómicas y de televisión, cuando hace mucho tiempo que los seres humanos pusieron su mente a descansar y solamente se preocupan de vez en cuando (digamos que a la hora de pagar impuestos o cuando alguien enferma) resulta difícil comprender bien determinados conceptos esenciales de la Biblia. De hecho, a muchos cada vez les cuesta más pensar sobre cualquier tema durante un período de tiempo prolongado.

Aunque parece que las cosas están fuera de control, detrás del escenario hay un Dios que no ha renunciado a su autoridad. Por el momento, puede parecer que ha abandonado este lugar al que llamamos Tierra. Pero ten la seguridad de que Dios sigue con el control. Su soberanía nunca se ha visto amenazada, ni nadie ha podido oponerse a su voluntad. Todo aquello que la Biblia ha dicho que es cierto no puede dejar de serlo.

Dios no ha creado la basura; la única basura en nuestro universo es la que ha creado el hombre. Una cosa que se enseña claramente en las Escrituras es que todo lo que Dios hizo en su vasto universo lo hizo con un propósito divino. Ciertamente, vivimos en el mundo de nuestro Padre, aunque en el momento presente el polvo y la suciedad del pecado lo hayan convertido en un vertedero moral y físico.

Resulta difícil entender que Dios es el dueño de este mundo y del universo, porque la iglesia evangélica y fundamentalista lleva muchísimo tiempo predicando solamente el elemento escapista del cristianismo.

Antes de seguir adelante, debo afirmar rotundamente que yo creo en ese elemento escapista del cristianismo. Personalmente, escaparé de un infierno muy merecido gracias a la muerte de Cristo en la cruz y a su resurrección de entre los muertos. Creo que Cristo es un puente por encima de un abismo. Creo que es una lancha salvavidas en medio de un mar tormentoso y destructivo. Creo que es el gran médico que puede curar nuestras almas. Creo que es todo lo que los poetas, los compositores de himnos y las propias Escrituras dicen que es, y mucho más. Creo eso, pero si enfatizamos demasiado esta creencia, y especialmente si es lo único que defendemos, nunca entenderemos el verdadero significado de lo que nos dicen las Escrituras al afirmar que Dios hizo a su Hijo, Jesucristo, heredero de todas las cosas.

De forma parecida, quienes recurren al cristianismo solamente por su valor social y ético opacan la realidad de que Dios es el dueño de este mundo. El cristianismo tiene sus facetas sociales: cantar himnos juntos y quizá incluso ir a un picnic con la iglesia. Nos reunimos y nos relacionamos, charlamos y nos saludamos unos a otros... y, espero, hablamos del Señor.

El profeta Malaquías, del Antiguo Testamento, enfatizó este aspecto de la fe: “Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito

libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre” (Mal. 3:16).

Sin duda, el Señor no menosprecia los aspectos social y ético del cristianismo. Ambos son tremendamente importantes, y aportan a nuestras interacciones humanas una forma o un estándar de justicia. Sin embargo, si todo el énfasis recae sobre el elemento ético del cristianismo (que debemos ser buenos, hacer el bien y lo correcto) y no vamos más lejos, nunca entenderemos el dominio prevaleciente de Dios en este mundo.

Un área de la Iglesia a la que yo denomino “la frontera del movimiento evangélico” (donde los hombres vividores del universo evangélico están tan activos, y donde tanto se hacen oír) nunca sabrá de qué estamos hablando en este capítulo. Para ellos el cristianismo se ha convertido en un sistema que les proporciona mucha diversión, agradable y limpia, y encima ir al cielo cuando llegue el fin. Me temo que lo que antes era la frontera se va acercando ya a la esencia del cristianismo moderno. Los líderes populares de nuestros tiempos son como “vendedores” con sonrisas amplias que relucen 32 dientes en toda su gloria. Se mueven como una exhalación por la iglesia, induciendo en la congregación un frenesí de buenos sentimientos.

Para entender el lugar que ocupa la Palabra viva en este mundo presente, debemos reflexionar mucho y en oración. Debemos decirnos: Voy a pensar en esto; voy a ponerlo en oración hasta que lo entienda. Hasta que hagamos eso, pasamos alegremente la vida en la frontera y no alcanzamos nunca la verdadera esencia de la experiencia cristiana.

Comprendamos los propósitos divinos

A menudo me gusta hacer dibujitos sin sentido, sobre todo cuando hablo por teléfono; es una actividad irreflexiva, carente de propósito. Voy a decirlo muy claro: Dios nunca hace garabatos.

Nada de lo que hace Dios se puede definir como una actividad sin propósito.

Cuando Dios decide hacer algo, ese acto lleva consigo las ramificaciones de la eternidad. Para entender plenamente la Palabra, debemos llegar a un entendimiento de ese Dios que está tras ella.

Dios nunca participa en nada que no tenga un propósito a largo plazo, noble y digno. Los cristianos de hoy no comprenden bien este concepto. Al cristiano medio, que solo se ha comprometido a jugar con su cristianismo, le resulta difícil comprender el propósito sólido de Dios en todo lo que este hace. Como nosotros hacemos tantas cosas irrelevantes y que no tienen propósito, cuando pensamos en Dios le aplicamos este paradigma de forma natural.

Cuando empiezo a entender a Dios, comienzo a ver el propósito de su forma de actuar en el universo y, lo que es más importante, en mi mundo. Empiezo a entender las cosas desde una perspectiva divina. ¿Cuál es el propósito de Dios? ¿Cómo podemos expresar el propósito de Dios en una sola afirmación que abarque todo ese territorio del que hablamos?

El propósito de Dios es reunir a todas las criaturas y hacer que se conozcan. Cuando llegue ese momento, hacia el que avanza hoy toda la creación, cada ser percibirá su unicidad esencial con todos. Los teólogos liberales hablan de la fraternidad humana. Lo que no entienden es que, aunque la unidad es el propósito eterno de Dios para la humanidad, el pecado ha obstaculizado ese propósito temporalmente. Dios quiere que seamos uno, pero Satanás ha usado (y sigue usando) el arma del pecado para luchar contra el propósito supremo de Dios.

Sin duda, Dios es inmanente en su universo, trascendente por encima de él e infinitamente separado del mismo, como Dios Creador. El escritor de himnos, James Montgomery (1771-

1854), abordó este tema en un hermoso himno titulado “El glorioso universo alrededor”:

El glorioso universo alrededor,
Los cielos con toda su grandeza,
Sol, luna y astros sujetos con rigor
En oculta cadena de firmeza.

La tierra, el mar y el cielo,
Se unen para hacer un mundo,
Y todo ser que anda, nada o alza el vuelo
Compone una familia, un vínculo profundo.

Dios en la Creación nos manifiesta
Su poder y gran sabiduría,
Mientras sus obras, en toda su potencia,
Se unen en armonía.

En un vínculo de amor fraterno,
Una comunión de pensamiento,
Los santos de los cielos y los santos terrenos
En Él hallan su gloria y su sustento.

La expresión “se unen en armonía” nos asegura que, en el universo de Dios, cuando el pecado se haya erradicado por completo, todo se encontrará consumado con todo lo demás, y existirá una armonía cósmica universal. Actualmente, el universo está sumido en el desorden y en el estruendo bronco y molesto del pecado mundial. Un día eso se arreglará, y se producirá la unidad armoniosa entre todos los seres que nadan, vuelan, caminan, reptan y son parte de la misma familia. Tal como escribió el poeta británico John Dryden (1631-1700) en su poema “Oda para el día de santa Cecilia”:

De la armonía, de la armonía celestial
nació este marco universal:
de armonía en armonía
recorrió toda la gama de notas musicales,
y el clímax del diapason fue el hombre.

La fragilidad de la creación se aprecia en la discordia que nos rodea hoy día: los problemas climáticos, naciones que se levantan contra naciones, el crimen constante en las calles de nuestras ciudades y la extensión de las adicciones y la inmoralidad en nuestra sociedad. La Biblia enseña claramente que Dios no es el autor de la confusión (ver 1 Co. 14:33). Por lo tanto, el caos tan extendido hoy no es obra suya, y un día será destruido, cuando Dios acabe definitivamente con el pecado y con Satanás.

Cada persona es esencial

Aquel día, cuando Cristo regrese triunfante y se alcance la consumación de todas las cosas, veremos claramente que todo lo que hace Dios tiene un propósito, que fluye en armonía plena con la eternidad de Dios. También veremos que, en el plan eterno de Dios, no puede haber nadie que no sea esencial. De vez en cuando todos nos tiramos por tierra diciendo “No sirvo para nada, no soy necesario”. Entonces comprenderemos que ningún hombre es un accidente o un error. Todo individuo es absolutamente esencial para el plan de Dios.

Una gran orquesta cuenta con muchos instrumentos. Cuando la escuchamos, podemos evaluar que unos tienen más importancia que otros, pero para el director cada instrumento es esencial. Pensemos por ejemplo en quien toca el flautín. Durante un concierto sinfónico, quizá el músico del flautín solo tocará unas pocas notas. Pero esas notas son esenciales para la sinfonía. ¿Qué pasaría si, en mitad de la sinfonía, el músico del flautín se escabu-

líese pensando que nadie le echaría de menos? El director sí que le echaría de menos porque espera que el flautín ejecute su nota en el momento correcto, y la composición no estará completa sin ella.

Cuando el director pide la participación del flautín, nadie es más importante que el músico que lo toca.

A lo mejor piensas que no es más que una breve nota de flautín, y que en el fondo no es importante. En el día en que Dios saque a la luz todas las cosas, descubrirás lo importante que has sido en el plan de Dios. Cuando veamos las cosas bajo la plenitud de la luz de Dios, todo sentimiento de inutilidad desaparecerá de nuestras mentes. Además, ese mismo sentimiento desaparecerá de todo el universo. Todo tendrá su propósito, y todo estará en su lugar.

En aquel tiempo cada persona conocerá su valor único, un valor que nadie más podía proporcionar, y comprenderá el lugar intransferible que ocupaba en el propósito y en el plan de Dios. Dentro del gran esquema de las cosas, todos somos indispensables.

Avanzando hacia la plenitud

Tal y como están las cosas, el universo se encuentra en un estado incompleto. En cierto sentido, también nosotros lo estamos, como una catedral a medio construir. Esta es la condición en la que se encuentra hoy el mundo, y es el motivo por el que cada vez que se resuelve un problema, surgen otros dos en su lugar. Nuestro mundo es como una madre con trillizos. Los tres no duermen al mismo tiempo. En cuanto uno se queda dormido, los otros dos se despiertan. Quizá consiga que dos se duerman, pero entonces el tercero estará despierto.

En el mundo se percibe la falta de plenitud. La Primera Guerra Mundial fue la guerra que acabaría con todas las guerras. Poco después de esta contienda estalló en Europa la Segunda Guerra Mundial, y desde entonces el mundo nunca ha estado

en paz. Cuando se aplaca un disturbio político, empieza otro en la mitad opuesta del mundo. Esta discordia subraya la falta de plenitud de nuestro mundo tal como es.

El propósito eterno de Dios está expuesto a nuestra vista, tan vasto que solo Dios podía imaginar algo así. Este propósito eterno, este plan vasto y eterno de Dios, a nosotros nos parece confuso. Esto es porque, al igual que unos vándalos que vienen a un solar en construcción para romper cosas y dejarlo todo desordenado, el diablo provoca disturbios mientras Dios construye su catedral.

Sin embargo, ten en cuenta que ni siquiera el diablo puede detener la mano divina. No puede evitar que Dios acabe la catedral que tiene en mente. Si somos pacientes, confiamos en Dios todopoderoso y miramos a Jesucristo, uno de estos días tomará forma bajo la mano sabia del gran arquitecto y constructor. Entonces entenderás que las cosas siempre han avanzado hacia ese momento de gran plenitud. Aún no lo vemos; nuestro entendimiento es defectuoso. Como mucho, solo vemos como en un espejo, oscuramente. Como poco, estamos ciegos como topos.

Actualmente vemos y experimentamos las cosas solamente en parte. No logramos ver la mano de Dios en las cosas; no podemos ver a los ángeles, a las nubes de testigos o a los espíritus de los justos perfeccionados, ni la iglesia de los primogénitos, ni la asamblea general. No vemos la gloria que un día será nuestra cuando nos recostemos en los brazos de nuestro Esposo que nos conducirá a la presencia del Padre con una alegría insuperable. Como resultado, a veces el diablo nos desanima, diciendo: "Tú crees que es cierto. Pero ¡fíjate! Todo lo que te rodea es un puro caos". Cuando nos desanimemos un poco, como nos sucederá de tanto en tanto, hemos de recordarnos que el mundo que nos rodea es una obra inconclusa, como nosotros.

Este mundo incompleto en que vivimos un día será acabado, y entonces toda carne verá la gloria de Dios y se asombrará ante

ella. Él reunirá todas las cosas, igual que un arquitecto combina diversos materiales de construcción para hacer una hermosa catedral. Reunirá todas las cosas como un compositor junta las notas tocadas por diversos instrumentos para componer una hermosa sinfonía.

Aquel día final, todas las cosas se reunirán y se manifestarán en Jesucristo, quien, según las Escrituras, es heredero de todas ellas. Este mundo pertenece a Jesucristo. Es Él, y solo Él, quien dota de sentido a este mundo. Saquemos a Cristo de la ecuación, y la fórmula no servirá de nada. Es Jesucristo quien completa la creación de Dios.

Ahora no vemos esto, porque en nuestros tiempos todo está fuera de sitio.

Satanás, por ejemplo, está fuera de su lugar. Pertenece al lago de fuego junto con todos los otros demonios. Pero camina de un lado a otro por la Tierra, acusando a los hermanos.

Los pecadores también están fuera de su lugar. Su sitio está con el diablo en el infierno, pero pululan por el mundo, dándose golpes en el pecho y pensando que son los reyes del universo. No tienen idea de su destino final. No encajan en ninguna parte porque han rechazado la esencia de lo que es la humanidad: a Jesucristo. El pecado ha destruido su capacidad de conocer su lugar en este mundo.

Cristo también está fuera del lugar que le corresponde. Ahora mismo, está sentado en el trono del Padre, compartiendo el trono con Él e intercediendo por ti y por mí. Cristo debe estar en el trono de David como gobernador y rey del universo. Uno de estos días, Cristo dejará la eternidad como hizo una vez antes, de camino a la cruz, y ocupará el lugar que le pertenece por derecho sobre el trono de David.

Israel está fuera de su lugar, esparcida por el mundo. Israel debe estar en el lugar llamado Palestina en Tierra Santa. En lugar de eso, los habitantes de Israel están repartidos por todo

el mundo. Poco a poco, los vemos gravitando hacia la tierra de Israel. Un día todos se reunirán en el lugar en que deben estar. La tierra de Canaán, que Dios les prometió por medio de Abraham, Isaac y Jacob, un día será suya.

La Iglesia está fuera de su lugar. La Iglesia debe estar con su Esposo en casa de su Padre. Actualmente está repartida por todo el mundo, luchando, orando, trabajando y sufriendo por la causa de Cristo. La Iglesia debería estar gobernando el mundo (y un día lo hará), pero hoy día es el mundo quien la persigue.

Los hombres no están en su lugar. Quienes ocupan altos cargos no siempre tienen las cualidades necesarias para hacerlo, y muchas veces un hombre sabio dotado de gran sabiduría hace trabajos humildes. Con demasiada frecuencia, los hombres y las mujeres están fuera de lugar en su propio mundo.

Además, podemos decir que los cristianos estamos fuera de nuestro lugar. Nos han maltratado. Hemos de trabajar duro, orar y dormir porque hemos trabajado todo el día; y a pesar de nuestro trabajo y nuestras oraciones, las cosas no van bien. Luchamos y erramos de un lado a otro, y estamos fuera de nuestro lugar. Perteneces a la casa del Padre, pero vives en la casa del diablo. Vives en el mundo que el diablo ha conquistado temporalmente y que ha contaminado. Este es el mundo de nuestro Padre, pero Satanás lo ha saboteado durante un tiempo.

Si pudiéramos poner a Satanás en el lugar donde debe estar, así como a los pecadores, a nuestro Señor, a Israel, a la Iglesia, a los hombres y a los cristianos, disfrutaríamos de esa armonía universal por la que gime toda la creación. Esto sucederá solamente en Jesucristo.

El lugar que debe ocupar la Palabra viva en este mundo es el de aportarle propósito y cohesionarlo en una armonía absoluta y perfecta. Se acerca la hora. El tiempo está cercano. Solo con el poder del Espíritu Santo podemos cumplir la expectativa de

Dios, y el Espíritu Santo nos capacita por medio de las Sagradas Escrituras para ser todo lo que Dios quiere que seamos.

Jesucristo nos llama a un triunfo infinito y eterno de unidad y de armonía. La restauración definitiva de la creación de Dios se producirá en Jesucristo. Entenderemos nuestro lugar en el universo de Dios cuando comprendamos el lugar de Cristo, el Verbo de vida, en nuestro mundo actual.

El mundo entero es del Padre celestial

Maltbie D. Babcock (1858-1901)

El mundo entero es del Padre celestial;
su alabanza en la Creación escucho resonar.
¡De Dios el mundo es! ¡Qué grato es recordar
que en el autor de tanto bien podemos descansar!

El mundo entero es del Padre celestial;
el pájaro, la luz, la ñor proclaman su bondad.
¡De Dios el mundo es! El fruto de su acción
se muestra con esplendidez en toda la expansión.

El mundo entero es del Padre celestial;
y nada habrá de detener su triunfo sobre el mal.
¡De Dios el mundo es! Confiada mi alma está,
pues Dios en Cristo, nuestro Rey, por siempre reinará.

Trad. Federico J. Pagura

